



Luna de hielo

Un relato testimonial

Incluye un vivero de palabras



AYUNTAMIENTO DE
PRÁDENA DEL RINCÓN



Comunidad
de Madrid

Prólogo

Luna de Hielo tiene los alcances y los límites de haber sido creada desde la memoria conjunta de sus mayores. Una generación estelar que ha querido compartir con nosotros los recuerdos de su infancia.

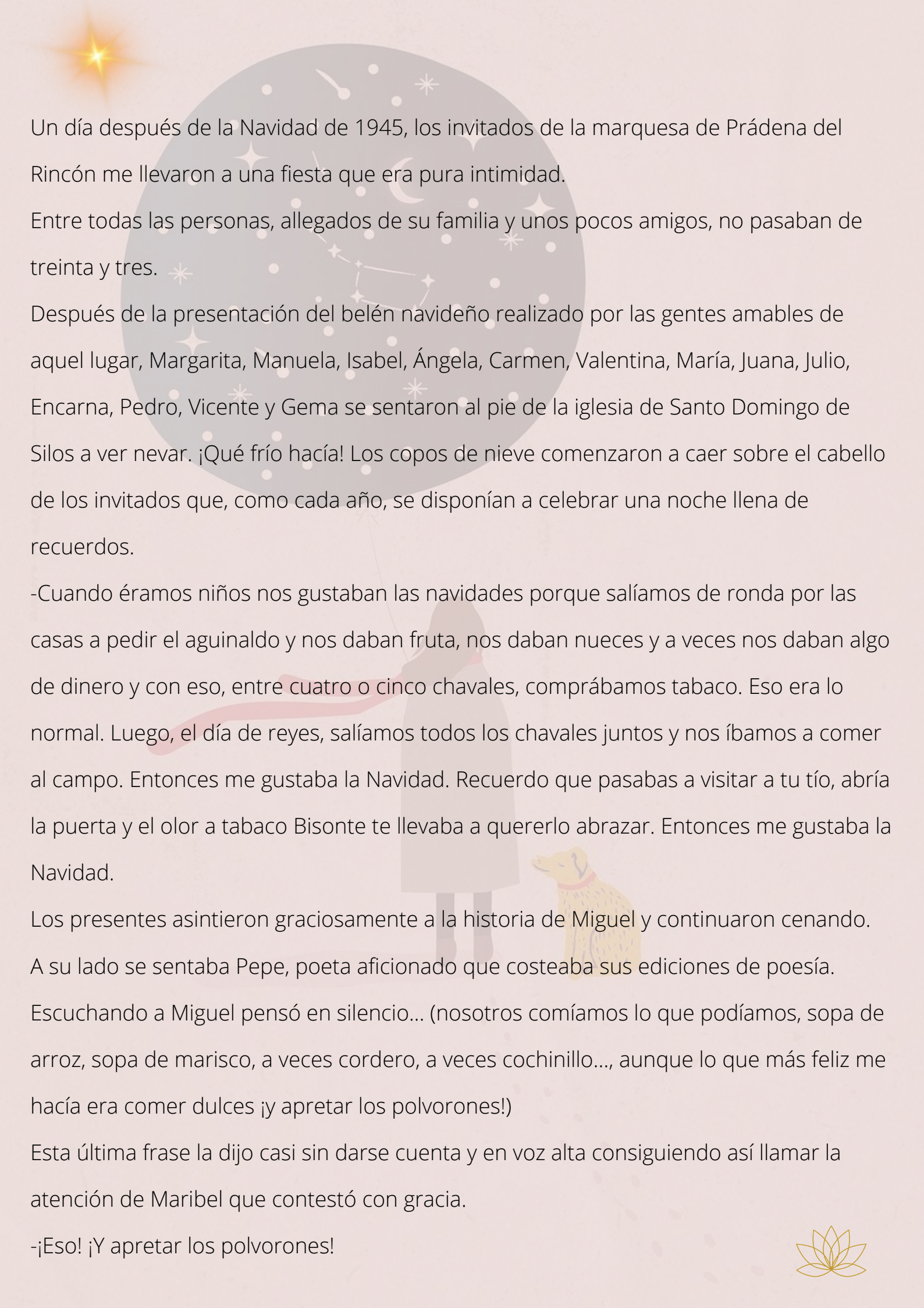
En este cuento se recuperan las historias más queridas y añoradas de la Navidad bajo la voz de aquellos que, en otros tiempos, también fueron niños.

Nos gustaría recorrer contigo estas páginas invitándote a pensar, a reflexionar y a disfrutar de una tradición que sigue sintiéndose como un disparador de pensamientos.



Desde Prádena del Rincón con afecto





Un día después de la Navidad de 1945, los invitados de la marquesa de Prádena del Rincón me llevaron a una fiesta que era pura intimidad.

Entre todas las personas, allegados de su familia y unos pocos amigos, no pasaban de treinta y tres.

Después de la presentación del belén navideño realizado por las gentes amables de aquel lugar, Margarita, Manuela, Isabel, Ángela, Carmen, Valentina, María, Juana, Julio, Encarna, Pedro, Vicente y Gema se sentaron al pie de la iglesia de Santo Domingo de Silos a ver nevar. ¡Qué frío hacía! Los copos de nieve comenzaron a caer sobre el cabello de los invitados que, como cada año, se disponían a celebrar una noche llena de recuerdos.

-Cuando éramos niños nos gustaban las navidades porque salíamos de ronda por las casas a pedir el aguinaldo y nos daban fruta, nos daban nueces y a veces nos daban algo de dinero y con eso, entre cuatro o cinco chavales, comprábamos tabaco. Eso era lo normal. Luego, el día de reyes, salíamos todos los chavales juntos y nos íbamos a comer al campo. Entonces me gustaba la Navidad. Recuerdo que pasabas a visitar a tu tío, abrías la puerta y el olor a tabaco Bisonte te llevaba a quererlo abrazar. Entonces me gustaba la Navidad.

Los presentes asintieron graciosamente a la historia de Miguel y continuaron cenando.

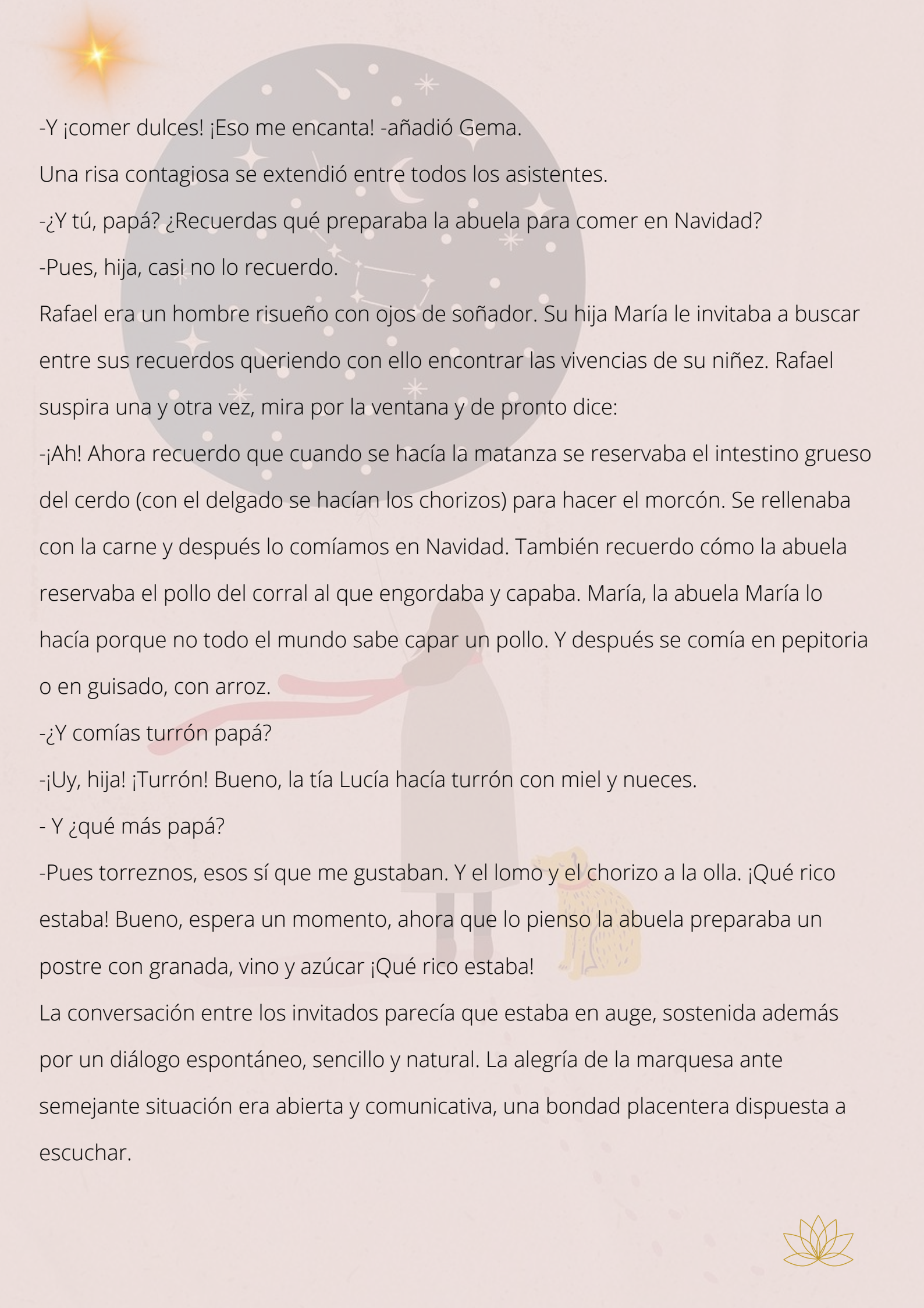
A su lado se sentaba Pepe, poeta aficionado que costeaba sus ediciones de poesía.

Escuchando a Miguel pensó en silencio... (nosotros comíamos lo que podíamos, sopa de arroz, sopa de marisco, a veces cordero, a veces cochinillo..., aunque lo que más feliz me hacía era comer dulces ¡y apretar los polvorones!)

Esta última frase la dijo casi sin darse cuenta y en voz alta consiguiendo así llamar la atención de Maribel que contestó con gracia.

-¡Eso! ¡Y apretar los polvorones!





-Y ¡comer dulces! ¡Eso me encanta! -añadió Gema.

Una risa contagiosa se extendió entre todos los asistentes.

-¿Y tú, papá? ¿Recuerdas qué preparaba la abuela para comer en Navidad?

-Pues, hija, casi no lo recuerdo.

Rafael era un hombre risueño con ojos de soñador. Su hija María le invitaba a buscar entre sus recuerdos queriendo con ello encontrar las vivencias de su niñez. Rafael suspira una y otra vez, mira por la ventana y de pronto dice:

-¡Ah! Ahora recuerdo que cuando se hacía la matanza se reservaba el intestino grueso del cerdo (con el delgado se hacían los chorizos) para hacer el morcón. Se rellenaba con la carne y después lo comíamos en Navidad. También recuerdo cómo la abuela reservaba el pollo del corral al que engordaba y capaba. María, la abuela María lo hacía porque no todo el mundo sabe capar un pollo. Y después se comía en pepitoria o en guisado, con arroz.

-¿Y comías turrón papá?

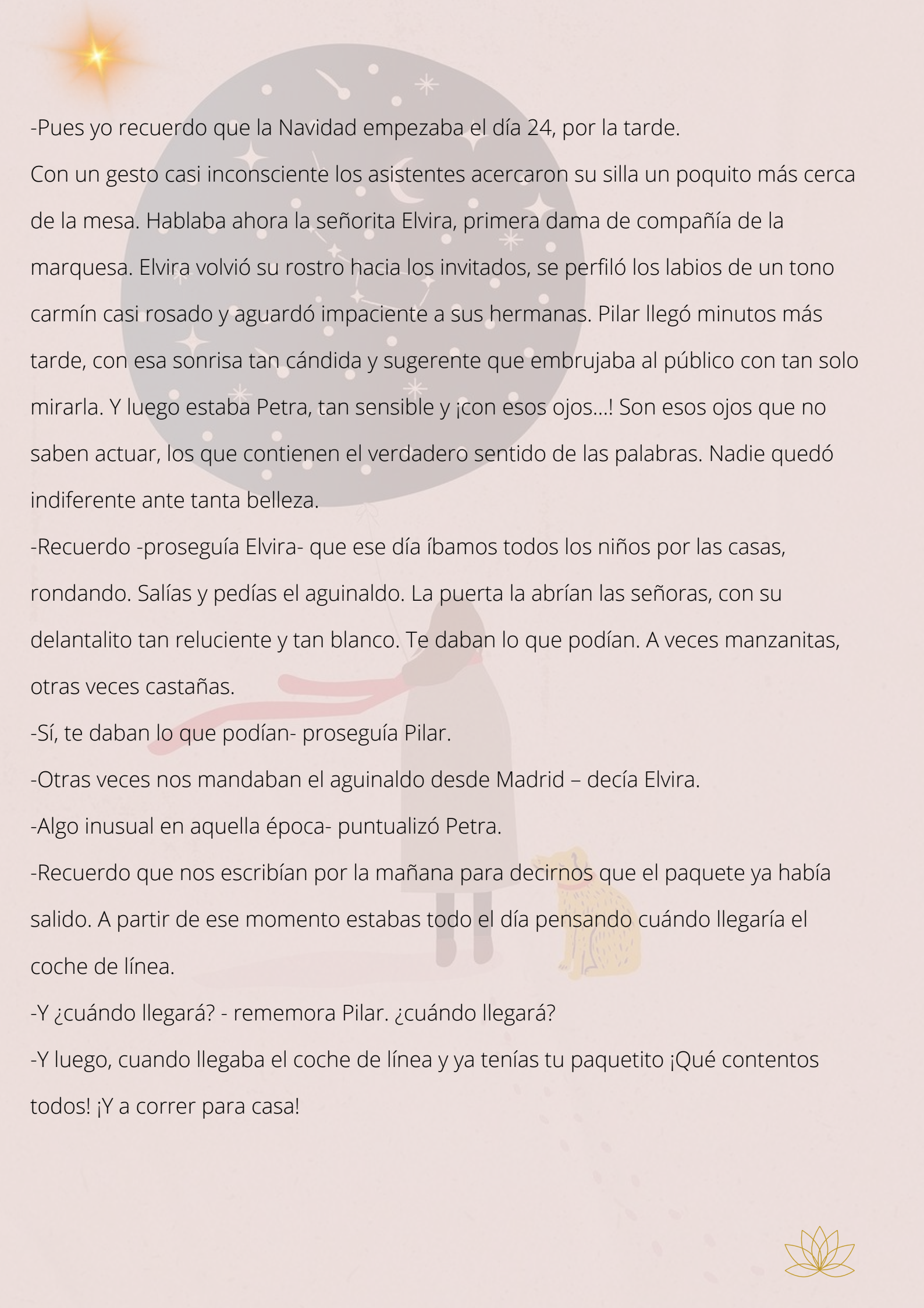
-¡Uy, hija! ¡Turrón! Bueno, la tía Lucía hacía turrón con miel y nueces.

-Y ¿qué más papá?

-Pues torreznos, esos sí que me gustaban. Y el lomo y el chorizo a la olla. ¡Qué rico estaba! Bueno, espera un momento, ahora que lo pienso la abuela preparaba un postre con granada, vino y azúcar ¡Qué rico estaba!

La conversación entre los invitados parecía que estaba en auge, sostenida además por un diálogo espontáneo, sencillo y natural. La alegría de la marquesa ante semejante situación era abierta y comunicativa, una bondad placentera dispuesta a escuchar.





-Pues yo recuerdo que la Navidad empezaba el día 24, por la tarde.

Con un gesto casi inconsciente los asistentes acercaron su silla un poquito más cerca de la mesa. Hablaba ahora la señorita Elvira, primera dama de compañía de la marquesa. Elvira volvió su rostro hacia los invitados, se perfiló los labios de un tono carmín casi rosado y aguardó impaciente a sus hermanas. Pilar llegó minutos más tarde, con esa sonrisa tan cándida y sugerente que embrujaba al público con tan solo mirarla. Y luego estaba Petra, tan sensible y ¡con esos ojos...! Son esos ojos que no saben actuar, los que contienen el verdadero sentido de las palabras. Nadie quedó indiferente ante tanta belleza.

-Recuerdo -proseguía Elvira- que ese día íbamos todos los niños por las casas, rondando. Salías y pedías el aguinaldo. La puerta la abrían las señoras, con su delantalito tan reluciente y tan blanco. Te daban lo que podían. A veces manzanitas, otras veces castañas.

-Sí, te daban lo que podían- proseguía Pilar.

-Otras veces nos mandaban el aguinaldo desde Madrid – decía Elvira.

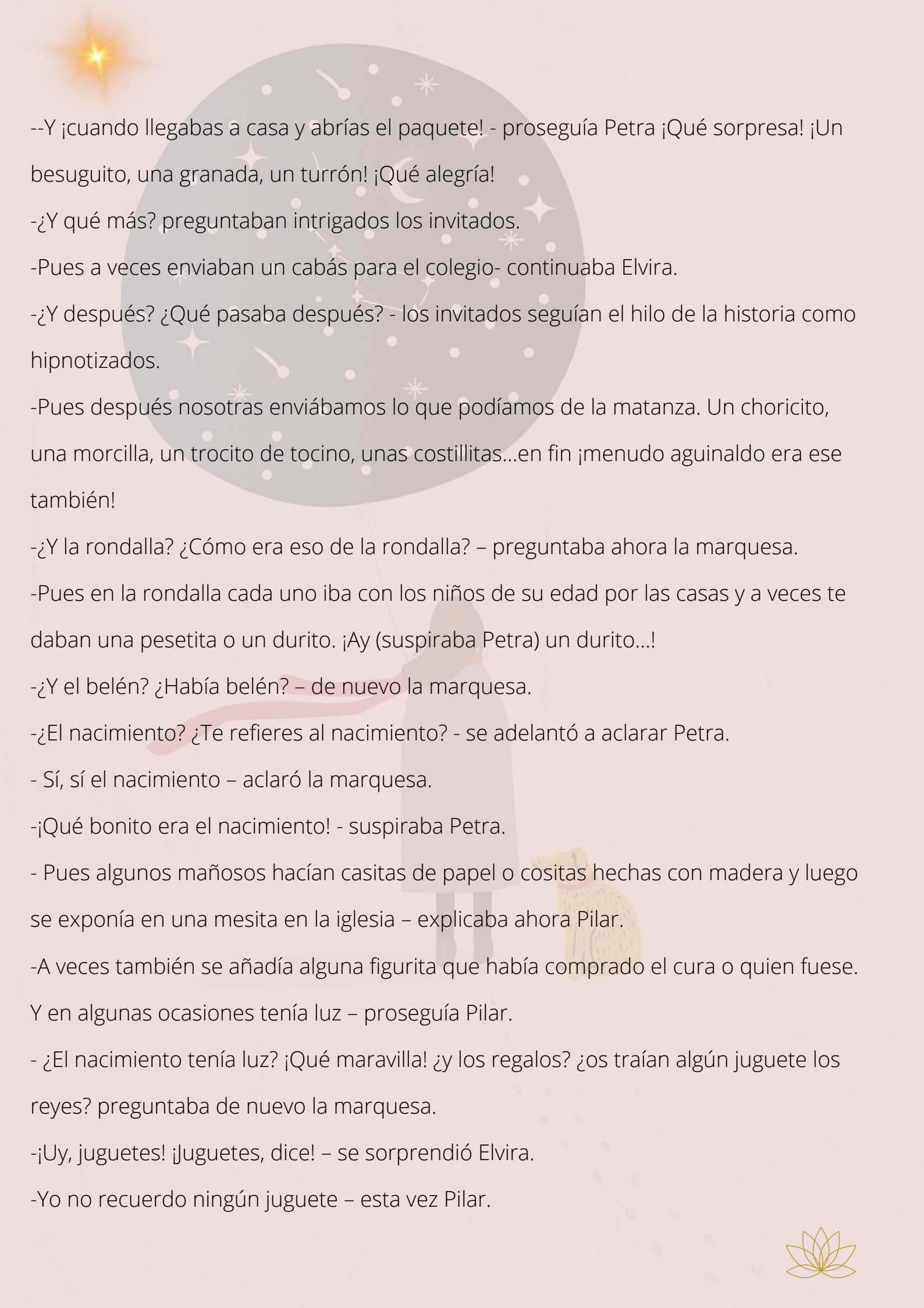
-Algo inusual en aquella época- puntualizó Petra.

-Recuerdo que nos escribían por la mañana para decirnos que el paquete ya había salido. A partir de ese momento estabas todo el día pensando cuándo llegaría el coche de línea.

-Y ¿cuándo llegará? - rememora Pilar. ¿cuándo llegará?

-Y luego, cuando llegaba el coche de línea y ya tenías tu paquetito ¡Qué contentos todos! ¡Y a correr para casa!





--Y ¡cuando llegabas a casa y abrías el paquete! - proseguía Petra ¡Qué sorpresa! ¡Un besuguito, una granada, un turrón! ¡Qué alegría!

-¿Y qué más? preguntaban intrigados los invitados.

-Pues a veces enviaban un cabás para el colegio- continuaba Elvira.

-¿Y después? ¿Qué pasaba después? - los invitados seguían el hilo de la historia como hipnotizados.

-Pues después nosotras enviábamos lo que podíamos de la matanza. Un choricito, una morcilla, un trocito de tocino, unas costillitas...en fin ¡menudo aguinaldo era ese también!

-¿Y la rondalla? ¿Cómo era eso de la rondalla? - preguntaba ahora la marquesa.

-Pues en la rondalla cada uno iba con los niños de su edad por las casas y a veces te daban una pesetita o un durito. ¡Ay (suspiraba Petra) un durito...!

-¿Y el belén? ¿Había belén? - de nuevo la marquesa.

-¿El nacimiento? ¿Te refieres al nacimiento? - se adelantó a aclarar Petra.

- Sí, sí el nacimiento - aclaró la marquesa.

-¡Qué bonito era el nacimiento! - suspiraba Petra.

- Pues algunos mañosos hacían casitas de papel o cositas hechas con madera y luego se exponía en una mesita en la iglesia - explicaba ahora Pilar.

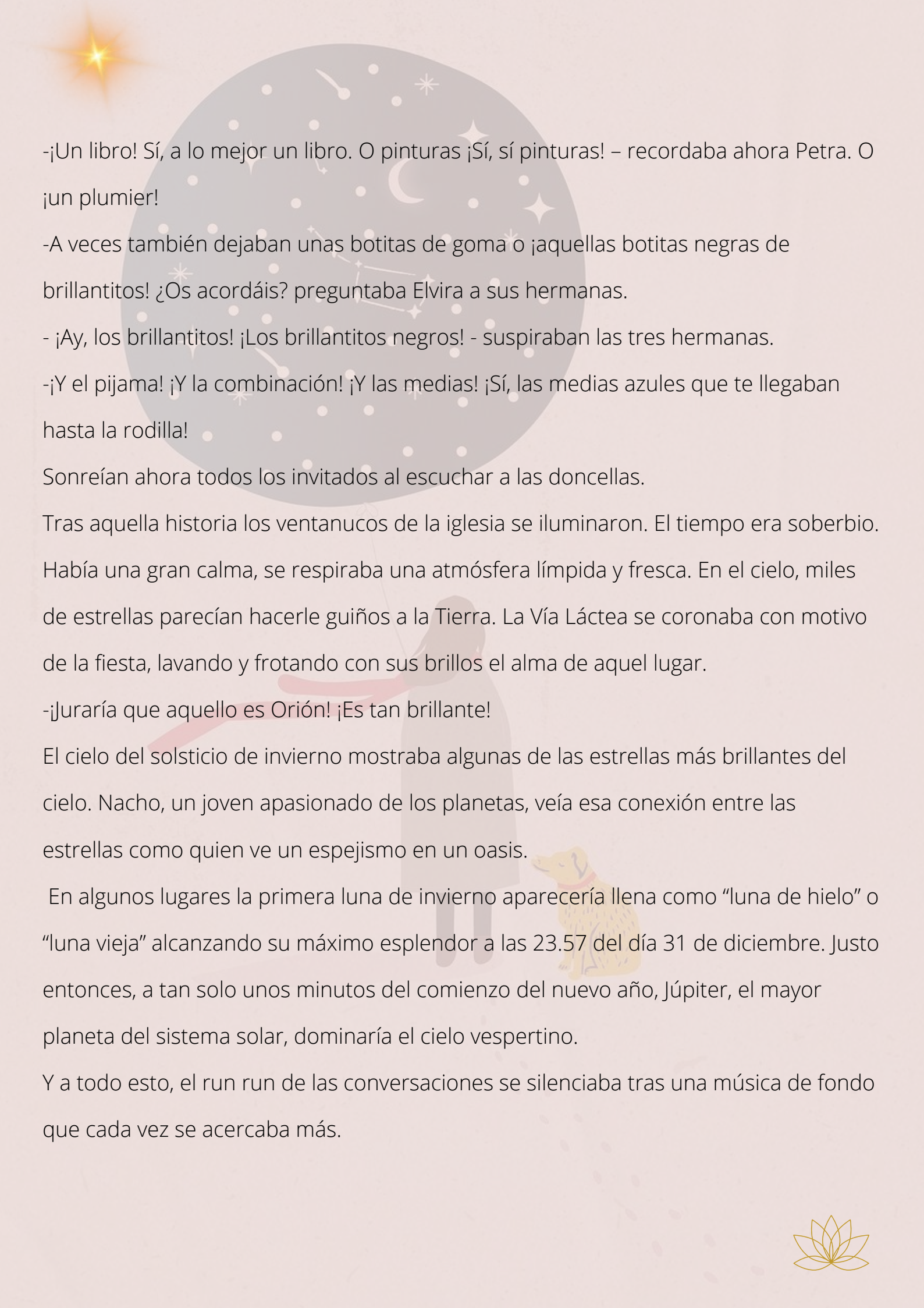
-A veces también se añadía alguna figurita que había comprado el cura o quien fuese. Y en algunas ocasiones tenía luz - proseguía Pilar.

- ¿El nacimiento tenía luz? ¡Qué maravilla! ¿y los regalos? ¿os traían algún juguete los reyes? preguntaba de nuevo la marquesa.

-¡Uy, juguetes! ¡Juguetes, dice! - se sorprendió Elvira.

-Yo no recuerdo ningún juguete - esta vez Pilar.





-¡Un libro! Sí, a lo mejor un libro. O pinturas ¡Sí, sí pinturas! – recordaba ahora Petra. O ¡un plumier!

-A veces también dejaban unas botitas de goma o ¡aquellas botitas negras de brillantitos! ¿Os acordáis? preguntaba Elvira a sus hermanas.

- ¡Ay, los brillantitos! ¡Los brillantitos negros! - suspiraban las tres hermanas.

-¡Y el pijama! ¡Y la combinación! ¡Y las medias! ¡Sí, las medias azules que te llegaban hasta la rodilla!

Sonreían ahora todos los invitados al escuchar a las doncellas.

Tras aquella historia los ventanucos de la iglesia se iluminaron. El tiempo era soberbio. Había una gran calma, se respiraba una atmósfera límpida y fresca. En el cielo, miles de estrellas parecían hacerle guiños a la Tierra. La Vía Láctea se coronaba con motivo de la fiesta, lavando y frotando con sus brillos el alma de aquel lugar.

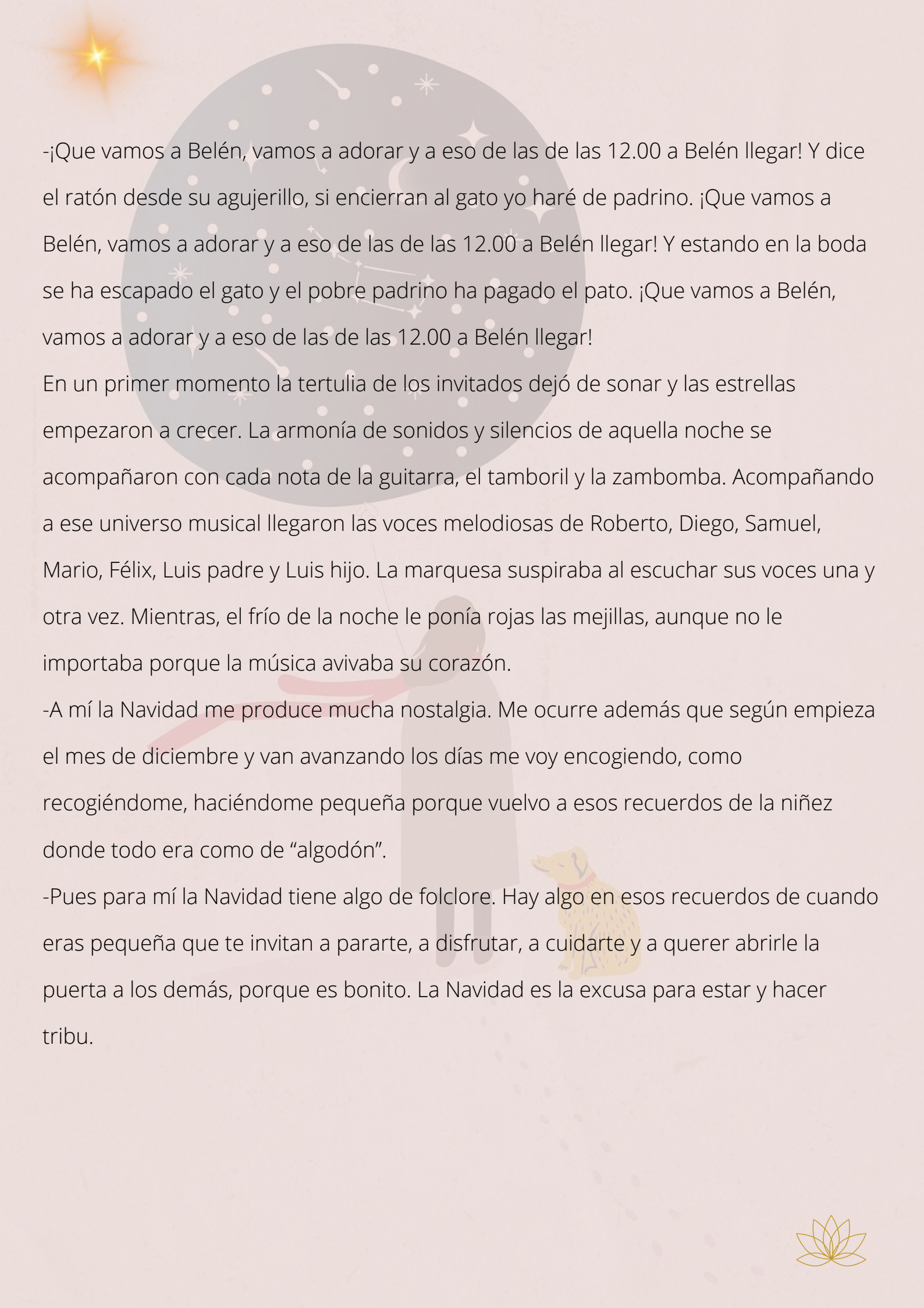
-¡Juraría que aquello es Orión! ¡Es tan brillante!

El cielo del solsticio de invierno mostraba algunas de las estrellas más brillantes del cielo. Nacho, un joven apasionado de los planetas, veía esa conexión entre las estrellas como quien ve un espejismo en un oasis.

En algunos lugares la primera luna de invierno aparecería llena como “luna de hielo” o “luna vieja” alcanzando su máximo esplendor a las 23.57 del día 31 de diciembre. Justo entonces, a tan solo unos minutos del comienzo del nuevo año, Júpiter, el mayor planeta del sistema solar, dominaría el cielo vespertino.

Y a todo esto, el run run de las conversaciones se silenciaba tras una música de fondo que cada vez se acercaba más.





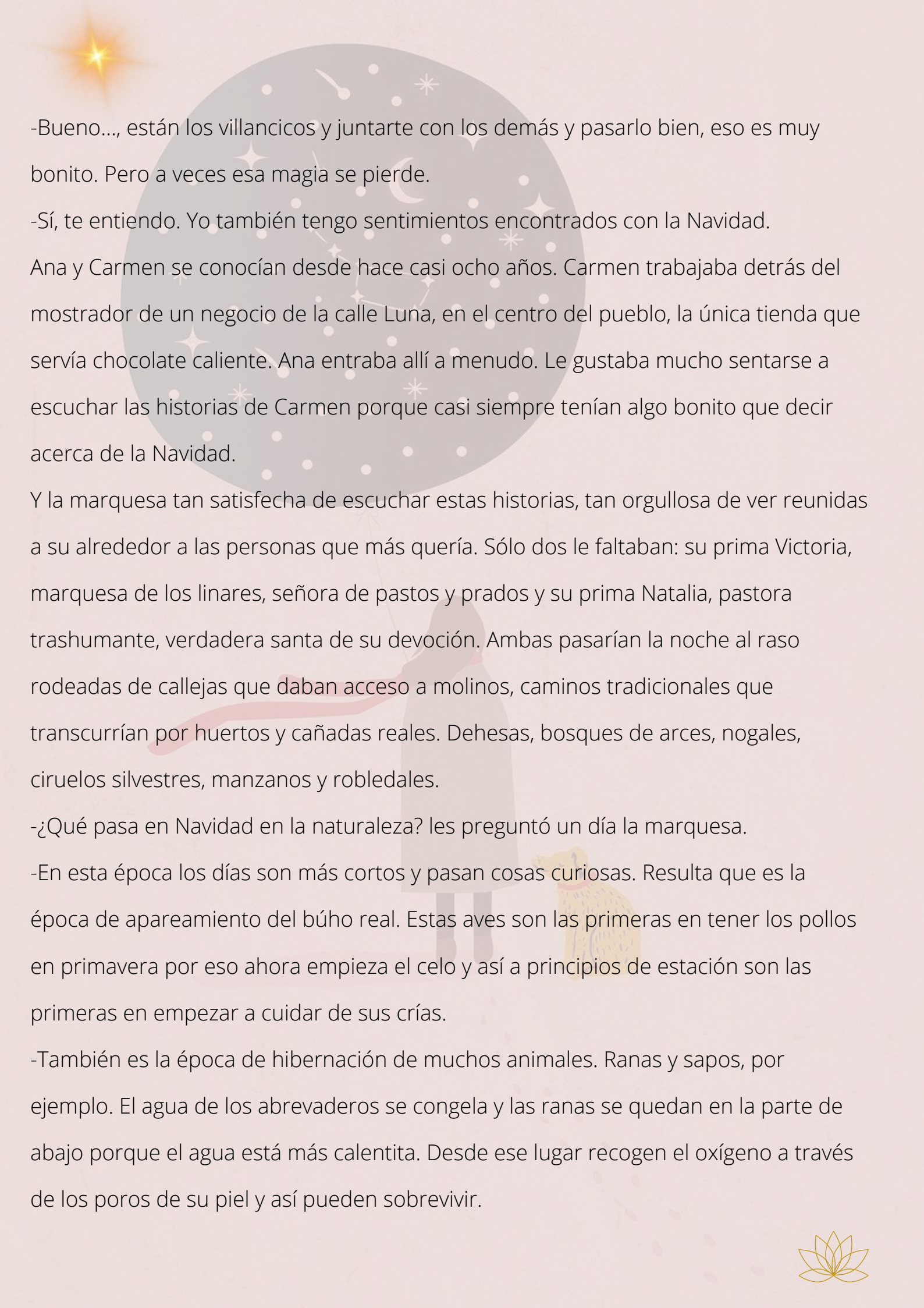
-¡Que vamos a Belén, vamos a adorar y a eso de las de las 12.00 a Belén llegar! Y dice el ratón desde su agujerillo, si encierran al gato yo haré de padrino. ¡Que vamos a Belén, vamos a adorar y a eso de las de las 12.00 a Belén llegar! Y estando en la boda se ha escapado el gato y el pobre padrino ha pagado el pato. ¡Que vamos a Belén, vamos a adorar y a eso de las de las 12.00 a Belén llegar!

En un primer momento la tertulia de los invitados dejó de sonar y las estrellas empezaron a crecer. La armonía de sonidos y silencios de aquella noche se acompañaron con cada nota de la guitarra, el tamboril y la zambomba. Acompañando a ese universo musical llegaron las voces melodiosas de Roberto, Diego, Samuel, Mario, Félix, Luis padre y Luis hijo. La marquesa suspiraba al escuchar sus voces una y otra vez. Mientras, el frío de la noche le ponía rojas las mejillas, aunque no le importaba porque la música avivaba su corazón.

-A mí la Navidad me produce mucha nostalgia. Me ocurre además que según empieza el mes de diciembre y van avanzando los días me voy encogiendo, como recogíendome, haciéndome pequeña porque vuelvo a esos recuerdos de la niñez donde todo era como de "algodón".

-Pues para mí la Navidad tiene algo de folclore. Hay algo en esos recuerdos de cuando eras pequeña que te invitan a pararte, a disfrutar, a cuidarte y a querer abrirle la puerta a los demás, porque es bonito. La Navidad es la excusa para estar y hacer tribu.





-Bueno..., están los villancicos y juntarte con los demás y pasarlo bien, eso es muy bonito. Pero a veces esa magia se pierde.

-Sí, te entiendo. Yo también tengo sentimientos encontrados con la Navidad.

Ana y Carmen se conocían desde hace casi ocho años. Carmen trabajaba detrás del mostrador de un negocio de la calle Luna, en el centro del pueblo, la única tienda que servía chocolate caliente. Ana entraba allí a menudo. Le gustaba mucho sentarse a escuchar las historias de Carmen porque casi siempre tenían algo bonito que decir acerca de la Navidad.

Y la marquesa tan satisfecha de escuchar estas historias, tan orgullosa de ver reunidas a su alrededor a las personas que más quería. Sólo dos le faltaban: su prima Victoria, marquesa de los linajes, señora de pastos y prados y su prima Natalia, pastora trashumante, verdadera santa de su devoción. Ambas pasarían la noche al raso rodeadas de callejas que daban acceso a molinos, caminos tradicionales que transcurrían por huertos y cañadas reales. Dehesas, bosques de arces, nogales, ciruelos silvestres, manzanos y robledales.

-¿Qué pasa en Navidad en la naturaleza? les preguntó un día la marquesa.

-En esta época los días son más cortos y pasan cosas curiosas. Resulta que es la época de apareamiento del búho real. Estas aves son las primeras en tener los pollos en primavera por eso ahora empieza el celo y así a principios de estación son las primeras en empezar a cuidar de sus crías.

-También es la época de hibernación de muchos animales. Ranas y sapos, por ejemplo. El agua de los abrevaderos se congela y las ranas se quedan en la parte de abajo porque el agua está más calentita. Desde ese lugar recogen el oxígeno a través de los poros de su piel y así pueden sobrevivir.





-¿Y qué pasa con tus ovejas, Natalia?, vuelve a preguntar la marquesa.

-Mis ovejas como otros animales cambian de residencia, van a lugares más calentitos y ya no vuelven a Prádena hasta junio.

-¿Y qué pasa con las aves, Victoria?

-Algunas eligen Prádena del Rincón como su segunda residencia porque aquí las condiciones de vida son mucho mejores. El petirrojo o el zorzal son un ejemplo de ello.

Y es que en estas tierras- pensaba la marquesa- es fácil perderse en el bosque, al arrullo del canto del mirlo, del ruiseñor, del carbonero o del petirrojo. Es tan fácil perderse como llegar a casa con el abrigo cubierto de liquen, un abrigo verde y esponjoso que cuando llega la Navidad ya se ha vuelto blanco porque contiene las lágrimas secas de una tradición singular.



Agradecimientos

A todos los alumnos del aula de mayores (Margarita, Manuela, Isabel, Ángela, Carmen, Valentina, María, Juana, Julio, Encarna, Pedro, Vicente, Miguel Ángel, Maribel y Pepe) por ser inspiración, ayuda y conocimiento. A Gema su profesora por ser guía y a Gema su cuidadora por ser refugio.

A Vicky y Natalia de la Reserva de la Biosfera por enseñarnos el lenguaje secreto de la naturaleza.

A los músicos de la Ronda de Entresieras y de la Garrota: Roberto, Diego, Samuel, Mario, Félix, Luis padre y Luis hijo por ese sorbito de pacharán, ese triscado de pandereta, esa melodía a medio sonar y ese sabor a tierra.

A Carmen y Ana del Proyecto Páramo por ser folclore.

A María Dupeyron y a su padre Rafa por hacer lumbre en esa cocina que sabe a beso y huele a nostalgia.

A Nacho, nuestro astrónomo particular, por fugaz.

A Elvira, Pilar y Petra por su historia entrañable y sus voces tan cálidas.

A M^aJosé y Cristina de la Mancomunidad Sierra del Rincón por querer compartir.

Y por supuesto, muchísimas gracias a todo el equipo de Prádena del Rincón: Sonia, Mar, Rafa, Raúl, Juan, Antonio, Enrique, Cele, José Antonio, Nacho y José por ser casa.



Luna de hielo

• Un relato testimonial



Autoría del relato: Carolina Olivera



AYUNTAMIENTO DE
PRÁDENA DEL RINCÓN



Comunidad
de Madrid